

III.

Grande fué el pesar que produjo en su corazón la pérdida de su esposo, haciendo desaparecer los colores de sus mejillas y la salud de su cuerpo. Largo tiempo tardó en restablecerse y solo el cariño de sus hijos, pudo al fin sacarla de aquella postracion que abatía su atribulado espíritu.

Un sentimiento puro, grande, elevado, el sentimiento de la caridad, fué muy luego causa inocente, acaso, de la serie de acontecimientos desdichados que forman los últimos años de la existencia de Doña Mariana Pineda.

Encontrábanse á la sazón presas en la cárcel de corte de la Chancillería muchas personas acusadas de conspirar contra el régimen político entonces establecido. Entre estos se encontraba el presbítero D. Pedro de la Serrana y D. Fernando Alvarez de Sotomayor, ambos parientes, tío el primero y primo el segundo, de la desdichada viuda. Nada más natural que viéndose en tan triste estado y abandonados de todos, implorasen la protección de Mariana, la cual se la concedió con toda la efusión de su alma, como cumplía á su noble carácter y á su generoso corazón. Con este motivo les enviaba frecuentes socorros, y cuando fueron puestos en comunicacion, los visitaba diariamente.

La causa de su primo D. Fernando Alvarez de Sotomayor, capitán procedente de la isla de Leon y que dió el primer grito de libertad en 1820, se complicó de tal modo que recayó contra él sentencia de muerte. Su esposa partió inmediatamente de Granada para implorar la clemencia del monarca, dejando encargada á Doña Mariana Pineda de prestar á su desgraciado esposo los alivios y consuelos de que tanto necesitaba en aquellos momentos.

No debía abrigar la desgraciada viuda grande esperanza en la cle-

mencia del soberano, pues desde el momento concibió la idea de salvar á su primo proporcionándole medios de evasión. ¡Pensamiento grande que solo á una muger de su elevado espíritu era dado concebir y llevar á cabo!

Difícil, casi imposible parecía realizarlo. La cárcel era un edificio aislado de anchos muros de piedra y dobles y gruesas verjas de hierro: rodeado de numerosos centinelas, y guardadas sus puertas por tres consecutivos rastrillos. Pensar en un escalamiento era imposible; pretender comprar la vigilancia de los carceleros, en extremo aventurado: el único medio que podía adoptarse, fue el que escogió D.^a Mariana, con ese atrevimiento de que solo es capaz el corazón de una muger: este medio fue que saliese el prisionero por medio de los rastrillos, á la luz del día y por la puerta llena de centinelas.

La circunstancia de haber frecuentemente reos en capilla, hacia que entrasen y saliesen los hermanos de la paz y caridad, los sacerdotes y frailes que iban á prestar á aquellos desgraciados los últimos consuelos, los postreros auxilios de la Religión. Alentada con esto y á través de grandes y repetidas contrariedades, mandó hacer con gran sigilo un hábito de fraile capuchino, se proporcionó barbas postizas y, de acuerdo con su primo Don Fernando, hizo que todo llegase á su poder sin escitar la menor sospecha en sus carceleros, y que á las pocas horas, no sin haber experimentado antes diversos sobresaltos por temor de ser descubierto, se encontrase fuera de la lúgubre prision, respirando el puro ambiente de la libertad ¹.

¹ No deja de ser curioso el relato que hace el mismo D. Fernando Alvarez de Sotomayor de este acontecimiento, relato que copiamos á continuación.

«Acordamos hacer un hábito de capuchino, y nos valimos de una señora pobre y muy patriota que lloraba la reciente pérdida de un pariente, víctima sangrienta del despotismo, la cual nos sacó del apuro lo menos mal que pudo, haciéndole de paño pardo y «creo se lo cortó un sastre de buenas ideas, aunque ignorando el objeto.»

«También me proporcionó Mariana un gorro negro, un rosario, el cordón y unas barbas, llevándome algunos efectos por sí misma, y remitiéndome los otros por su criado.»

«Las barbas las facilitó una cómica (cuyo nombre ignoro), y antes de una hora de haberme fugado, ya estaban en su sitio en el «vestuario del teatro, sin que nadie hubiese notado su falta. Cuando la generosa actriz supo el objeto para que habían servido, no «quiso aceptar ninguna recompensa y nos costó mucho que admitiese una fineza (un corte de vestido) en muestra de agradecimiento.»

«Las referidas barbas me estaban muy pequeñas, y las añadí con mil trabajos en las madrugadas de los días 25 y 26 de «Octubre.»

